

Nº 612
15
Abril
2022
Viernes



Homilía de Benedicto XVI el Domingo de Ramos de hace diez años

Infovaticana

Hace justo diez años, el Papa Benedicto XVI celebró el Domingo de Ramos en San Pedro. En aquel año, la Semana Santa comenzó un poco antes, el 1 de abril. Compartimos la homilía que predicó el Santo Padre aquel día y que también en donde también se celebró la XXVII Jornada Mundial de la Juventud.

¡Queridos hermanos y hermanas!

El Domingo de Ramos es el gran pórtico que nos lleva a la Semana Santa, la semana en la que el Señor Jesús se dirige hacia la culminación de su vida terrena. Él va a Jerusalén para cumplir las Escrituras y para ser colgado en la cruz, el trono desde el cual reinará por los siglos, atrayendo a sí a la humanidad de todos los tiempos y ofrecer a todos el don de la redención. Sabemos por los evangelios que Jesús se había encaminado hacia Jerusalén con los



doce, y que poco a poco se había ido sumando a ellos una multitud creciente de peregrinos. San Marcos nos dice que ya al salir de Jericó había una «gran muchedumbre» que seguía a Jesús (cf. 10,46).

En la última parte del trayecto se produce un acontecimiento particular, que aumenta la expectativa sobre

lo que está por suceder y hace que la atención se centre todavía más en Jesús. A lo largo del camino, al salir de Jericó, está sentado un mendigo ciego, llamado Bartimeo. Apenas oye decir que Jesús de Nazaret está llegando, comienza a gritar: «¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí» (Mc 10,47). Tratan de acallarlo, pero en vano, hasta que Jesús lo manda llamar y le invita a acercarse. «¿Qué quieres que te haga?», le pregunta. Y él contesta: «Rabbuní, que vea» (v. 51). Jesús le dice: «Anda, tu fe te ha salvado». Bartimeo recobró

la vista y se puso a seguir a Jesús en el camino (cf. v. 52). Y he aquí que, tras este signo prodigioso, acompañado por aquella invocación: «Hijo de David», un estremecimiento de esperanza atraviesa la multitud, suscitando en muchos una pregunta: ¿Este Jesús que marchaba delante de ellos a Jerusalén, no sería quizás el Mesías, el nuevo David? Y, con su ya inminente entrada en la ciudad santa, ¿no habría llegado tal vez el momento en el que Dios restauraría finalmente el reino de David?

También la preparación del ingreso de Jesús con sus discípulos contribuye a aumentar esta esperanza. Como hemos escuchado en el Evangelio de hoy (cf. *Mc* 11,1-10), Jesús llegó a Jerusalén desde Betfagé y el monte de los Olivos, es decir, la vía por la que había de venir el Mesías. Desde allí, envía por delante a dos discípulos, mandándoles que le trajeran un pollino de asna que encontrarían a lo largo del camino. Encuentran efectivamente el pollino, lo desatan y lo llevan a Jesús. A este punto, el ánimo de los discípulos y los otros peregrinos se deja ganar por el entusiasmo: toman sus mantos y los echan encima del pollino; otros alfombran con ellos el camino de Jesús a medida que avanza a grupas del asno. Después cortan ramas de los árboles y comienzan a gritar



las palabras del Salmo 118, las antiguas palabras de bendición de los peregrinos que, en este contexto, se convierten en una proclamación mesiánica: «¡Hosanna!, bendito el que viene en el nombre del Señor. ¡Bendito el reino que llega, el de nuestro padre David! ¡Hosanna en las alturas!»

(vv. 9-10). Esta alegría festiva, transmitida por los cuatro evangelistas, es un grito de bendición, un himno de júbilo: expresa la convicción unánime de que, en Jesús, Dios ha visitado su pueblo y ha llegado por fin el Mesías deseado. Y todo el mundo está allí, con creciente expectación por lo que Cristo hará una vez que entre en su ciudad.

Pero, ¿cuál es el contenido, la resonancia más profunda de este grito de júbilo? La respuesta está en toda la Escritura, que nos recuerda cómo el Mesías lleva a cumplimiento la promesa de la bendición de Dios, la promesa originaria que Dios había hecho a Abraham, el padre de todos los creyentes: «Haré de ti una gran nación, te bendeciré... y en ti serán benditas todas las familias de la tierra» (*Gn* 12,2-3). Es la promesa que Israel siempre había tenido presente en la oración, especialmente en la oración de los Salmos. Por eso, el que es aclamado por la muchedumbre como bendito es al mismo tiempo aquel en el cual será bendecida toda la humanidad. Así, a la luz de Cristo, la humanidad se reconoce profundamente unida y cubierta por el manto de la bendición divina, una bendición que todo lo penetra, todo lo sostiene, lo redime, lo santifica.

Podemos descubrir aquí un primer gran mensaje que nos trae la festividad de hoy: la invitación a mirar de manera justa a la humanidad entera, a cuantos

conforman el mundo, a sus diversas culturas y civilizaciones. La mirada que el creyente recibe de Cristo es una mirada de bendición: una mirada sabia y amorosa, capaz de acoger la belleza del mundo y de compartir su fragilidad. En esta mirada se transparenta la mirada misma de Dios sobre los hombres que él ama y sobre la creación, obra de sus manos. En el *Libro de la Sabiduría*, leemos: «Te compadece de todos, porque todo lo puedes, cierras los ojos a los pecados de los hombres, para que se arrepientan. Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que hiciste;... Tú eres indulgente con todas las cosas, porque son tuyas, Señor, amigo de la vida» (Sb 11,23-24.26).

Volvamos al texto del Evangelio de hoy y preguntémonos: ¿Qué late realmente en el corazón de los que aclaman a Cristo como Rey de Israel? Ciertamente tenían su idea del Mesías, una idea de cómo debía actuar el Rey prometido por los profetas y esperado por tanto tiempo. No es de extrañar que, pocos días después, la muchedumbre de Jerusalén, en vez de aclamar a Jesús, gritaran a Pilato: «¡Crucifícalo!». Y que los mismos discípulos, como también otros que le habían visto y oído, permanecieran mudos y desconcertados. En efecto, la mayor parte estaban desilusionados por el modo en que Jesús había decidido presentarse como Mesías y Rey de Israel. Este es precisamente el núcleo de la fiesta de hoy también para nosotros. ¿Quién es para nosotros Jesús de Nazaret? ¿Qué idea tenemos del Mesías, qué idea tenemos de Dios?



Esta es una cuestión crucial que no podemos eludir, sobre todo en esta semana en la que estamos llamados a seguir a nuestro Rey, que elige como trono la cruz; estamos llamados a seguir a un Mesías que no nos asegura una felicidad terrena fácil, sino la felicidad del cielo, la eterna bienaventuranza de Dios. Ahora, hemos de preguntarnos: ¿Cuáles son nuestras verdaderas ex-

pectativas? ¿Cuáles son los deseos más profundos que nos han traído hoy aquí para celebrar el Domingo de Ramos e iniciar la Semana Santa?

Queridos jóvenes que os habéis reunido aquí. Esta es de modo particular vuestra Jornada en todo lugar del mundo donde la Iglesia está presente. Por eso os saludo con gran afecto. Que el Domingo de Ramos sea para vosotros el día de la decisión, la decisión de acoger al Señor y de seguirlo hasta el final, la decisión de hacer de su Pascua de muerte y resurrección el sentido mismo de vuestra vida de cristianos. Como he querido recordar en el Mensaje a los jóvenes para esta Jornada —«alegraos siempre en el Señor» (Flp 4,4)—, esta es la decisión que conduce a la verdadera alegría, como sucedió con santa Clara de Asís que, hace ochocientos años, fascinada por el ejemplo de san Francisco y de sus primeros compañeros, dejó la casa paterna precisamente el Domingo de Ramos para consagrarse totalmente al Señor: tenía 18 años, y

tuvo el valor de la fe y del amor de optar por Cristo, encontrando en él la alegría y la paz.

Queridos hermanos y hermanas, que reinen particularmente en este día dos sentimientos: la alabanza, como hicieron aquellos que acogieron a Jesús en Jerusalén con su «hosanna»; y el agradecimiento, porque en esta Semana Santa el Señor Jesús renovará el don más grande que se puede imaginar, nos entregará su vida, su cuerpo y su sangre, su amor. Pero a un don tan grande debemos corresponder de modo adecuado, o sea, con el don de nosotros mismos, de nuestro tiempo, de nuestra oración, de nuestro estar en comunión profunda de amor con Cristo que sufre, muere y resucita por nosotros. Los antiguos Padres de la Iglesia han visto un símbolo de todo esto en el gesto de la gente que seguía a Jesús en su ingreso a Jerusalén, el gesto de tender los mantos delante del Señor. Ante Cristo —decían los Padres—, debemos depone-
ner nuestra vida, nuestra persona, en actitud de gratitud y adoración. En conclusión, escuchemos de nuevo la voz de uno de estos antiguos Padres, la de san Andrés, obispo de Creta: «Así es como nosotros deberíamos prosternarnos a los pies de Cristo, no poniendo bajo sus pies nuestras túnicas o unas ramas inertes, que muy pronto perderían su verdor, su fruto y su aspecto agradable, sino revistiéndonos de su gracia, es decir, de él mismo... Así debemos ponernos a sus pies como si fuéramos unas túnicas... Ofrezcamos ahora al vencedor de la muerte no ya ramas de palma, sino trofeos de victoria. Repitamos cada día aquella sagrada exclamación que los niños cantaban, mientras agitamos los ramos espirituales del alma: “Bendito el que viene, como rey, en nombre del Señor”» (PG 97, 994). Amén.

* * *

Intenciones por las que pedirá el Papa Francisco en el Vía Crucis

Carlos Esteban (*Infovaticano*)

La Santa Sede publicó este lunes las meditaciones y las oraciones del Vía Crucis del Viernes Santo 2022, que el Papa Francisco encargó a varias familias, entre ellas una rusa y una ucraniana.

En concreto, las familias elegidas fueron una pareja joven recién casada, una familia en misión, una pareja de esposos ancianos, una familia con cinco hijos, una familia con un hijo con discapacidad, una familia que organiza una casa de acogida, una familia que enfrenta la enfermedad, una pareja de abuelos, una familia con hijos adoptivos, una mujer viuda con hijos, una familia con un hijo consagrado, una familia que se



enfrenta a la pérdida de un hijo, una familia de migrantes, una familia de Ucrania y una familia de Rusia.

1ª estación: Jesús en agonía en el Huerto de los Olivos

Aquí estamos, casados apenas dos años. Nuestro matrimonio aún no ha sido probado por demasiadas tormentas. Hubo la pandemia que complicó todo un poco, pero estamos contentos. La nuestra parece ser una larga luna de miel, a pesar de las peleas diarias. A pesar de nuestras diferencias. Sin embargo, a menudo tenemos miedo. Cuando pensamos en los pares de amigos mayores que no lo lograron. Cuando leemos en los periódicos que las separaciones van en aumento. Cuando nos digan que seguro nos separaremos porque así es el mundo. Es una cuestión de estadísticas. Cuando nos sentimos solos porque no nos entendemos. Cuando apenas llegamos a fin de mes. Cuando nos encontramos, extraños, bajo un mismo techo. Cuando nos despertamos por la noche y sentimos el peso y la angustia de nuestro «orfanato» en el corazón. Porque nos olvidamos que somos niños. Porque creemos que nuestro matrimonio y nuestra familia dependen solo de nosotros, de nuestras fortalezas. Nos estamos dando cuenta de que el matrimonio no es sólo una aventura romántica, también es Getsemaní, también es la angustia antes de partir el cuerpo por el otro.

Señor Jesús, que entre apacibles olivos acogiste orando para sufrir por nosotros hasta la muerte, y muerte de cruz, escucha nuestras súplicas por los jóvenes esposos: ayúdanos a afrontar las dificultades unidos a Ti y danos a todos estar contigo Tú en la hora de la prueba.

2ª Estación: Jesús traicionado por Judas y abandonado por sus seguidores

Partimos para la misión, Señor, hace casi diez años, porque nuestra alegría no nos alcanzaba. Queríamos dar nuestra vida para que otros también experimentarían la misma alegría. Queríamos mostrar el amor de Cristo incluso a aquellos que no lo conocen. No importa dónde. La vida comunitaria y las actividades cotidianas nos ayudan a educar a nuestros hijos con una visión abierta de la vida y del mundo. Pero no es fácil: no ocultamos la angustia y el miedo de llevar una vida familiar precaria, lejos de nuestro país. A todo ello se suma el terror de la guerra tan dramáticamente vigente en los últimos meses. No es fácil vivir sólo en la fe y la caridad, porque muchas veces no nos encomendamos plenamente a la Providencia. Y a veces, ante el dolor y el sufrimiento de una madre que muere en el parto y además bajo las bombas.



Partimos para la misión, Señor, hace casi diez años, porque nuestra alegría no nos alcanzaba. Queríamos dar nuestra vida para que otros también experimentarían la misma alegría. Queríamos mostrar el amor de Cristo incluso a aquellos que no lo conocen. No importa dónde. La vida comunitaria y las actividades cotidianas nos ayudan a educar a nuestros hijos con una visión abierta de la vida y del mundo. Pero no es fácil: no ocultamos la angustia y el miedo de llevar una vida familiar precaria, lejos de nuestro país. A todo ello se suma el terror de la guerra tan dramáticamente vigente en los últimos meses. No es fácil vivir sólo en la fe y la caridad, porque muchas veces no nos encomendamos plenamente a la Providencia. Y a veces, ante el dolor y el sufrimiento de una madre que muere en el parto y además bajo las bombas.

Señor Jesús, que acogiste con amor el beso traicionero de Judas, escucha nuestras súplicas: da a las familias en misión la valentía de dar testimonio de tu Evangelio y permítenos a todos responder al mal con el bien, para ser constructores de paz y de reconciliación.

3ª Estación: Jesús es condenado por el Sanedrín

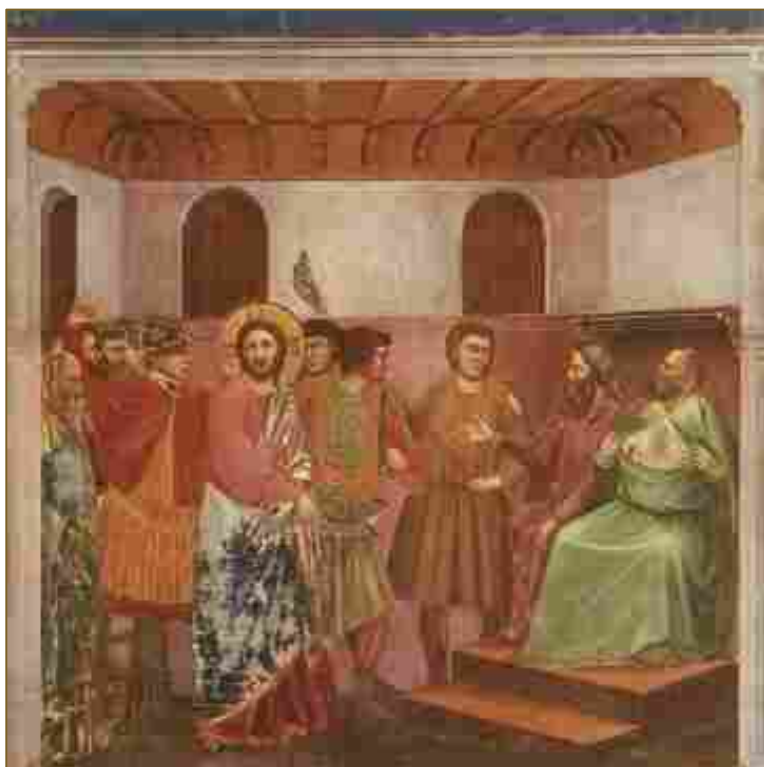
Estuvimos comprometidos unos meses, luego la vida nos separó por mucho tiempo, haciéndonos saber el calor insoportable del corazón que late a la distancia. Y cuando nos conocimos, nos casamos enseguida, con la prisa de los que ya habían esperado y temido tanto. Dejamos nuestras casas de origen para crear las nuestras. Hemos

emprendido nuestro camino de esposos, llenos de proyectos y también de las ilusiones de la juventud. Entonces la vida nos descubrió más frágiles, y al mismo tiempo nos despojó de nuestras expectativas, haciéndonos caminar por un camino muchas veces cuesta arriba, en cuya cima nos encontrábamos frente a frente con la imposibilidad de ser padres. A menudo experimentando con dolor muchos juicios sobre nuestra esterilidad. «¿Por qué no tienes hijos?», nos han preguntado mil veces, como para insinuar que nuestro matrimonio y nuestro amor no bastaban para ser una familia. Cuantas miradas de poca comprensión hemos digerido. Pero seguimos caminando cada día tomados de la mano, cuidando juntos una comunidad de hermanos y amigos que, en medio de la soledad y la ternura, se ha convertido con el tiempo en hogar y familia.

Señor Jesús, que has sido injustamente condenado, escucha nuestra oración: concede a los esposos sin hijos caminar tomados de la mano, viviendo en plenitud el sacramento del amor conyugal, ya todos nosotros vivir la adversidad con mansa firmeza.

4ª estación: Jesús es negado por Pedro

Cuando nos casamos, creíamos que no podíamos tener hijos. Luego, en nuestra luna



de miel, llegó el primero y nos cambió la vida. Teníamos proyectos más lentos, realizarnos en el trabajo, viajar, intentar vivir al menos un poco como novios eternos... Y en cambio, aún incrédulos tocamos con nuestras manos la belleza de este regalo, llegó el segundo hijo: una niña. Y así, mirando hacia atrás hoy, los demás también llegaron, casi sin que nos diéramos cuenta. ¿Qué pasa con nuestros sueños? Formado por los acontecimientos. ¿Nuestro logro profesional? Modificado por los hechos de la ruptura de la vida. Y luego el miedo de poder un día

negarlo todo, como Pedro; la angustia y la tentación del arrepentimiento ante otro gasto inesperado; preocupación por las tensiones con los hijos adolescentes. Viejos deseos han dado paso a nuestra familia. No es fácil, por supuesto, pero es infinitamente más hermoso de esa manera. Y a pesar de los pensamientos y la densidad de nuestros días, que nunca parecen ser suficientes para nosotros, nunca volveríamos atrás.

Señor Jesús, que abres tus brazos a los que invocan el perdón, escucha nuestra súplica: permite que las familias numerosas superemos con alegría cada dificultad y que todos nos levantemos siempre después de una caída.

5ª estación: Jesús es juzgado por Pilato

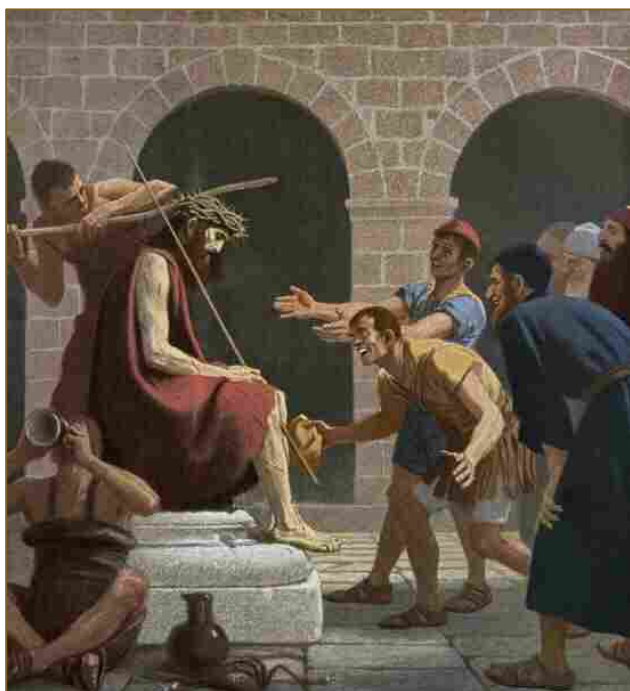
Nuestro hijo había sido juzgado incluso antes de que viniera al mundo. Habíamos conocido médicos que se habían ocupado de su vida antes de que naciera, y médicos

que nos habían dejado claro que era mejor que no naciera. Y cuando elegimos la vida, también nosotros fuimos objeto de juicio: «Será una carga para ti y para la sociedad», se nos decía. «Crucifícalo». Sin embargo, no había hecho ningún daño. Cuantas veces el juicio del mundo es precipitado y superficial y nos duele hasta con una sola mirada. Llevamos la vergüenza de una diversidad más a menudo compadecida que habitada. La discapacidad no es un alarde ni una etiqueta, sino el vestido de un alma que muchas veces prefiere callar ante los juicios injustos, no por vergüenza sino por piedad hacia los que juzgan. No somos inmunes a la cruz de la duda ni a la tentación de preguntarnos cómo hubiera sido si las cosas hubieran sido diferentes. Pero, en realidad, la discapacidad es una condición, no una característica, y el alma, gracias a Dios, no conoce barreras.

Señor Jesús, que has sido juzgado por la lógica mundana, escucha nuestras súplicas por las familias con hijos que sufren: dales alivio en el esfuerzo de todos nosotros por elegir, conservar y amar la vida siempre y en todo caso.

6ª estación: Jesús es flagelado y coronado de espinas

Nuestra casa es grande, no sólo por el espacio, sino sobre todo por la riqueza humana que allí habita. Desde el comienzo del matrimonio, nunca hemos estado solos en dos. Nuestra vocación de acoger el dolor ha sido y sigue siendo, después de 42 años de



matrimonio y tres hijos biológicos, nueve nietos y cinco hijos adoptivos no autosuficientes con graves dificultades mentales, todo menos triste. No merecemos tal bendición de vida. Para aquellos que creen que no es humano dejar solos a los que sufren, el Espíritu Santo mueve en la voluntad de actuar y no permanecer indiferentes, extraños. El dolor nos ha cambiado. El dolor vuelve a lo esencial, ordena las prioridades de la vida y restaura la sencillez de la dignidad humana, como tal. En el camino doloroso de la vida de tantos flagelados y crucificados, junto a ellos,

Señor Jesús, que has sufrido el dolor y el desprecio, escucha nuestra súplica: haz que nuestras familias

aprendan a acoger a los heridos y que todos nos hagamos cargo y nos ocupemos del dolor de los demás.

7ª estación: Jesús es cargado con la Cruz

Una mañana, como muchas, mi esposa se desmayó dos veces. La prisa por llegar al hospital y el descubrimiento de una enfermedad que ya le estaba metiendo veneno en la cabeza. La operación, rehabilitación, tratamiento...; y hoy una vida cotidiana completamente nueva para todos nosotros. El Señor nos habla a través de hechos que no siempre comprendemos y nos lleva de la mano hacia el desarrollo de lo mejor de nosotros. Tenía un papel, una posición, un «vestido», y se encontró completamente diferente. Desnudo, indefenso, crucificado. Y yo con ella. A través de esta enfermedad, en esta cruz, nos hemos convertido en el pilar en el que los niños saben

que pueden apoyarse. Antes no era así. Casi podría decir que hoy, con los ojos clavados en su dolor lampiño, es plenamente madre y esposa. Sin florituras, en la esencialidad de una vida más difícil y nueva.

Señor Jesús, que cambiaste la horca de la muerte en fuente inagotable de vida, escucha nuestras invocaciones: concede a tus hijos que cuiden de sus padres, cuidándolos con gratitud, y que todos aprendamos de ti la alegría de amar y dar nosotros mismos con generosidad.

8ª Estación: Jesús es ayudado por el Cireneo a llevar la Cruz

Nos jubilamos hace dos años y justo cuando empezábamos a fantasear con cómo gastar las energías recuperadas, nos llegó la noticia del despido de nuestro yerno. Durante la pandemia, fuimos testigos de la crisis del matrimonio de nuestra hija mayor desamparados. Los nietos empezaron a inundar nuestro hogar de vitalidad y confusión, ya no sólo los domingos y, sobre todo, como no sucedía desde que nuestros tres hijos eran pequeños. Montamos una sillita de coche y compramos una pizarra en la que anotar los compromisos de nuestros cinco nietos para no correr el riesgo de olvidar algo. Nuestros músculos ya no son lo que eran, pero la riqueza de la experiencia nos hace más dóciles a la vida que cuando teníamos fuerzas para correr. Nos preocupa la cruz de la precariedad de las familias y el trabajo. Y hoy, que naturalmente nos inclinaríamos a cuidar nuestro cansancio y el innegable miedo a la muerte,



estamos cargados con una cruz inesperada, puesta sobre nuestros hombros a pesar de nosotros mismos. El ritmo suele ser lento y por la noche, después de sonreír, nos encontramos llorando de compasión. Pero ser «oxígeno» para las familias de nuestros hijos es un regalo que nos devuelve a las emociones que sentíamos

cuando eran pequeños. Nunca dejas de ser mamá y papá. Pero ser «oxígeno» para las familias de nuestros hijos es un regalo que nos devuelve a las emociones que sentíamos cuando eran pequeños. Nunca dejas de ser mamá y papá. Pero ser «oxígeno» para las familias de nuestros hijos es un regalo que nos devuelve a las emociones que sentíamos cuando eran pequeños. Nunca dejas de ser mamá y papá.

Señor Jesús, que nos llamas a llevar las cargas los unos de los otros, escucha nuestras súplicas: concede a nuestras familias saber compartir las alegrías y las penas, y a todos nosotros crecer en la fraternidad trabajadora.

9ª estación: Jesús se encuentra con las mujeres de Jerusalén

Ahora somos cuatro. Durante muchos años fuimos dos, y enfrentábamos la cruz de la soledad y la gestación de una crianza distinta a la que siempre habíamos imaginado. La adopción es la historia de una vida marcada por el abandono que se cura con la aceptación. Pero el abandono es una herida que siempre sangra. Y la adopción es una cruz que padres e hijos llevan juntos sobre sus hombros, llevándola, tratando de aliviar el dolor y amándola también, como parte de la historia del hijo. Pero duele ver a un niño sufriendo por su pasado. Duele intentar amarlo sin poder hacer mella en lo más mínimo en su dolor. Nos hemos adoptado unos a otros. Y no hay día en que

no nos despertemos pensando que valió la pena; que todo este esfuerzo no es en vano; que esta cruz, aunque dolorosa,

Señor Jesús, que fuiste al encuentro de la cruz con los ojos abiertos y el corazón dispuesto, escucha nuestras súplicas: haz que los padres y sus hijos adoptivos crezcan juntos como familias acogedoras y todos colaboremos en la alegría de los demás.

10ª Estación: Jesús es crucificado

Somos una madre y dos niños. Durante más de siete años hemos sido una silla con tres patas en lugar de cuatro: hermosa y valiosa, aunque un poco inestable. Bajo la cruz toda familia, incluso la más desequilibrada, la más dolorosa, la más extraña, la más incompleta, encuentra su sentido profundo. El nuestro también. Hemos experimentado, no sin lágrimas y dolor, que Jesús en ese abrazo de vigas clavadas nos mira y nunca nos deja solos.

No sólo nos encomienda a un amor genérico del creador por sus criaturas sino que nos da a un amigo, a una madre, a un hijo, a un hermano. A una Iglesia que, con todos sus defectos, tiende la mano y, por imposible que parezca, a veces lleva la carga por nosotros, permitiéndonos recuperar el aliento de vez en cuando. El amor se multiplica porque es libre, aun cuando estoy tentada a comprender por qué, si «ha salvado a otros... si es el Cristo de Dios, su elegido», no podría salvar también a mi esposo.



Pero la herida de Uno en la cruz es herencia, vínculo y relación entre sí. El amor se hace real, porque, en nuestro abismo y en nuestras penalidades, no somos abandonados.

Señor Jesús, que con los brazos abiertos en la cruz abrazas a los que están solos y abandonados a ti, escucha nuestra oración: haz que las familias afectadas por la pérdida de un padre se sientan presentes en su dolor, y que todos sepamos cómo llora con los que lloran.

11ª estación: Jesús promete el Reino al buen ladrón

Recién ahora sonreímos al recordar todas las expectativas que habíamos puesto en nuestro hijo. Lo habíamos criado para que fuera feliz, para que se realizara. Para seguir los pasos de su abuelo. Sí, tal vez, nos hubiera gustado una vida diferente para él. Una familia, un trabajo, hijos, nietos. En definitiva, «normalidad». Ya habíamos vivido su vida en su lugar. Y en cambio vi-

niste y lo trastornaste todo. Has destruido nuestros sueños de algo más grande. Te aseguraste de que su vida no siguiera la lógica de «siempre se ha hecho así» y lo llamaste a Ti. ¿Pero cómo? ¿Por qué él? ¿Por qué nuestro propio hijo? Al principio no nos lo tomamos bien. Nos hemos opuesto. Lo hemos abandonado. Creíamos que nuestra frialdad lo haría volver sobre sus pasos. Tratamos de insinuar en su cabeza la duda de que estaba completamente equivocado. Como dos criminales. Pero hemos entendido que no se puede luchar contra ti. Somos un barco y Tú eres el mar. Somos una chispa y Tú eres el fuego. Y luego, como el buen ladrón, también nosotros te pedimos que te acuerdes de nosotros cuando entres en tu Reino.

Señor Jesús, que nos revelaste los misterios de tu Reino, donde el mayor es el que sirve, escucha nuestras súplicas: guía a los padres al servicio de la vocación de sus hijos y concédenos a todos ser tus fieles discípulos.

12ª estación: Jesús entrega a su Madre al discípulo amado

Éramos cinco en la casa: yo, mi esposo y nuestros tres hijos. Hace cinco años, la vida se complicó. Un diagnóstico difícil de aceptar, una enfermedad oncológica escrita a cada momento en el rostro de la hija menor. Una enfermedad que, a pesar de no haber apagado nunca su sonrisa, hacía aún más doloroso el chillido de la injusticia que estábamos viviendo. A pesar de la «burla» de que el dolor parecía habernos cubierto ya, después de sólo seis años de matrimonio mi esposo nos dejó por una muerte súbita, llevándonos a un camino de soledad insoportable, durante el cual en dos años hemos acompañado a la pequeña de la casa en su último adiós. Han pasado cinco años desde el comienzo de esta aventura que no hemos entendido racionalmente en absoluto, pero la certeza es que esta gran cruz fue habitada por el Señor y lo sigue siendo hoy. «Dios no llama a los que son capaces, sino que hace capaces a los que llama»: así nos dijo un día una monja, y estas palabras han cambiado nuestra visión de la vida en los últimos años. La mayor mentira con la que luchamos fue que

ya no éramos familia. No conozco otra forma de responder a mi corazón y a mi dolor en la carne, que encomendarme al Señor que vive conmigo este trozo de camino terrenal. Muchas veces, en las sesiones de quimioterapia de mi hija, me sentí como María bajo la cruz; y es esa experiencia la que me hace sentir hoy, aunque sea un poco, la madre de mi Señor. La mayor mentira con la que luchamos fue que ya no éramos



familia. No conozco otra forma de responder a mi corazón y a mi dolor en la carne, que encomendarme al Señor que vive conmigo este trozo de camino terrenal. Muchas veces, en las sesiones de quimioterapia de mi hija, me sentí como María bajo la cruz; y es esa experiencia la que me hace sentir hoy, aunque sea un poco, la madre de mi Señor. La mayor mentira con la que luchamos fue que ya no éramos familia. No conozco otra forma de responder a mi corazón y a mi dolor en la carne, que encomendarme al Señor que vive conmigo este trozo de camino terrenal. Muchas veces, en las sesiones de quimioterapia de mi hija, me sentí como María bajo la cruz; y es esa experiencia la que me hace sentir hoy, aunque sea un poco, la madre de mi Señor.

Señor Jesús, que antes de morir quisiste entregarnos a tu Madre y encomendarnos a su cuidado, escucha nuestras súplicas: concede a las familias marcadas por la muerte de un hijo custodiar la gracia recibida con el don de su vida y a todos de nosotros, en consolación del Espíritu, para recoger tu última voluntad.

13ª estación: Jesús muere en la Cruz

Muerte alrededor. Vida que parece perder valor. Todo cambia en segundos. La existencia, los días, la nieve despreocupada del invierno, ir a recoger a los niños al colegio, el trabajo, los abrazos, las amistades... todo. De repente todo pierde su valor. «¿Dónde estás Señor? ¿Dónde te escondes? Queremos nuestra primera vida. ¿Por qué todo esto? ¿Qué culpa hemos cometido? ¿Por qué nos has abandonado? ¿Por qué

has abandonado a nuestros pueblos? ¿Por qué dividiste a nuestras familias así? ¿Por qué ya no tenemos ganas de soñar y de vivir? ¿Por qué nuestras tierras se han vuelto oscuras como el Gólgota?». Las lágrimas se han ido. La ira ha dado paso a la resignación. Sabemos que nos amas, Señor, pero no sentimos este amor y esto nos vuelve locos. Nos despertamos por la mañana y por unos segundos somos felices, pero luego recordamos de inmediato lo difícil que será reconciliarnos. Señor, ¿dónde estás? Habla en el silencio de la muerte y la división y enséñanos a hacer las paces, a ser hermanos y hermanas, a reconstruir lo que las bombas quisieron destruir.

Señor Jesús, que hiciste brotar de tu costado traspasado la reconciliación para todos, escucha nuestras humildes voces: da a las familias destrozadas por el llanto y la sangre a creer en el poder del perdón ya todos nosotros a construir la paz y la armonía.

14ª estación: El cuerpo de Jesús es depositado en el sepulcro

Estamos aquí ahora. Estamos muertos a nuestro pasado. Nos hubiera gustado vivir en nuestra tierra, pero la guerra nos lo impidió. Es difícil para una familia tener que elegir entre sus sueños y la libertad. Entre los deseos y la supervivencia. Estamos aquí después de viajes en los que hemos visto morir a mujeres y niños, amigos, hermanos y hermanas. Estamos aquí, sobrevivientes. Percibido como una carga. Los que éramos importantes en casa, aquí hay números, categorías, simplificaciones. Sin embargo, somos mucho más que inmigrantes. Somos personas. Vinimos aquí por nuestros hijos. Morimos todos los días por ellos, para que aquí intenten hacer una vida normal, sin las bombas, sin la sangre, sin las persecuciones. Somos católicos, pero esto también a veces parece eclipsar el hecho de que somos migrantes.



Señor Jesús, que descendiste a los infiernos para liberar a Adán y Eva con sus hijos de su antiguo cautiverio, escucha nuestras súplicas por las familias de los migrantes: sácalos del aislamiento que mata y permite que todos te reconozcamos en cada persona como nuestro amado hermano y hermana.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Oración final

Padre misericordioso, que haces salir el sol sobre buenos y malos, no abandones la obra de tus manos, por la que no dudaste en entregar a tu único Hijo, nacido de la Virgen, crucificado bajo Poncio Pilato, muerto y sepultado en el corazón de la tierra, resucitado de entre los muertos al tercer día, se apareció a María de Magdala, a Pedro, a los demás apóstoles y discípulos, siempre vivo en la santa Iglesia, su Cuerpo viviente en el mundo.

Mantener encendida en nuestras familias la lámpara del Evangelio, que ilumina alegrías y tristezas, esfuerzos y esperanzas: cada hogar refleja el rostro de la Iglesia, cuya ley suprema es el amor.

Por la efusión de tu Espíritu, ayúdanos a despojarnos del hombre viejo, corrompido por las pasiones engañosas, y revestirnos del hombre nuevo, creado según la justicia y la santidad.

Tómanos de la mano, como un Padre, para que no nos apartemos de Ti; convierte nuestros corazones rebeldes a tu corazón, porque aprendemos a seguir proyectos de paz; lleva a los oponentes a darse la mano, para que puedan disfrutar del perdón mutuo; desarma la mano levantada del hermano contra el hermano, para que donde haya odio florezca la armonía.

Haz que no nos comportemos como enemigos de la cruz de Cristo, para participar de la gloria de su resurrección.

Él vive y reina contigo, en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

* * *